

U. R. S. S. Los disidentes del año 2000

Moscú, este año, vive las horas sombrías de un fin de reino. Dirigentes septuagenarios, incapaces de hacer frente a la gigantesca mutación de las estructuras que exige, para sobrevivir, el imperio soviético, se ensañan con unos cuantos intelectuales disidentes. Y, sin embargo, en el flanco Sur de la URSS, a mitad de camino entre las divisiones turcas de la OTAN y los ejércitos chinos del Sin-kiang, maduran los fermentos milenarios de otra disidencia, que puede muy bien estallar antes de que acabe el presente siglo.

En medio de las cálidas arenas de Asia Central, un conglomerado de naciones —uzbecos, tadjiqs, turkmenos, kazajs, kirguises—, lanzados a la modernidad por la Revolución de Octu-

bre, redescubren con fervor una identidad cultural reacia a toda asimilación. De Tashkent a Samarkanda, orgullosos uzbekos sacan brillo a las cúpulas de los mausoleos y restauran los minaretes de mezquitas varias veces centenarias. ¿Ha sido para retrasar la llegada de esa hora de la verdad por lo que los años sucesivos del Kremlin han mimado a los hijos de esas repúblicas musulmanas que hoy figuran entre las más ricas de la URSS? No habían previsto, sin duda, una explosión demográfica capaz de dar al traste con el equilibrio interno del imperio.

Pero Breynev ya no ocupará su cargo cuando, a finales de siglo, cien millones de musulmanes llamen a la puerta del Kremlin.

FRANÇOIS SCHLOSSER

TASHKENT, capital de la República federada del Uzbekistán es, con un millón setecientos mil habitantes, la quinta ciudad de la URSS y la mayor aglomeración del Asia Central. Está situada casi a mitad de camino entre Moscú y Pekín. A lo lejos, entre la cálida bruma, se distinguen las cumbres de Ala Tau, primeras estribaciones de la cadena de Tien-chán, por donde pasa la frontera entre China y la URSS.

Al subir la escalinata que conduce a la entrada del Museo de Historia del Uzbekistán, mientras cae un chubasco de verano, hago a nuestra guía moscovita una observación admirativa, pero torpe, sobre el arte de vivir de los peones camineros de Tashkent. Acabamos de ver a un grupo cómodamente sentado a la sombra, a pocos metros de sus herramientas, abandonadas sobre el ardiente asfalto de la calle Kulbychev. Nuestra acompañante capta perfectamente la alusión, pero no calcula el alcance de la respuesta: "En Moscú no se vería nunca una cosa así", me espeta. Le ha salido casi sin pensar, como una ráfaga, y le resultará imposible matizar luego esta constatación de la diferencia, peyorativamente establecida, entre dos mundos, el de ellos y el nuestro: curtidos musulmanes del antiguo Turkestan y rusos blancos de Europa.

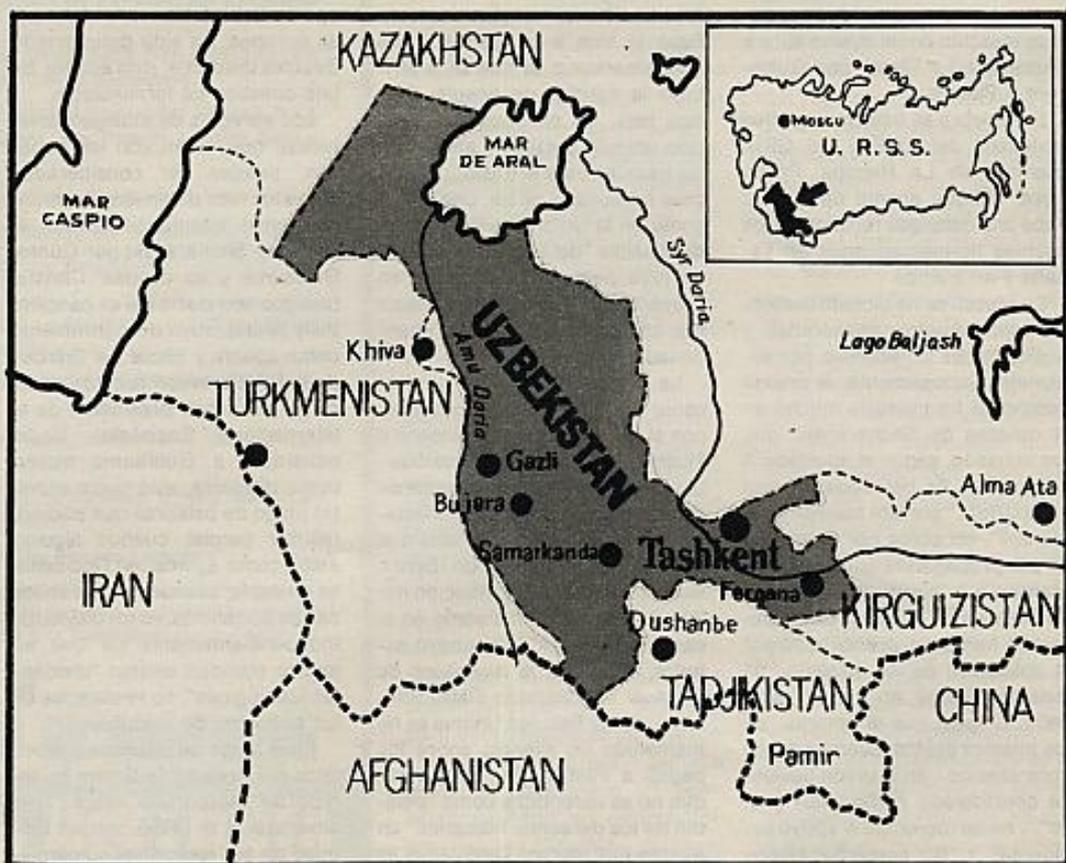
Sin embargo, son ciudadanos de la Unión Soviética, y los rusos de Moscú no han escatimado esfuerzos para borrar la diferencia o, al menos, fundirla armoniosamente en el crisol del "homo sovieticus". Si los cuatro peones a los que acabamos de ver disfrutaban tranquilamente de la libertad—tan apreciada en Occidente— de "descansar a la

sombra de un árbol", ello lo deben sin duda a su estatuto de "homo sovieticus". Porque a su alrededor, en cincuenta años, el desierto se ha convertido en vergel, y sus hijos, que se llaman Alicher, como el gran vate nacional del siglo XV, Timur, en recuerdo de Tamerlán, o Mohamed, en honor del profeta, son ingenieros en hidráulica, especialistas en informática, médicos o in-

cluso profesores de Universidad.

Para hacerse una idea cabal de esta prodigiosa aventura del Uzbekistán—quince millones de habitantes de los que sólo un 12,6 por 100 son propiamente rusos—, basta mirar por la ventanilla del avión en el que nos dirigimos a Tashkent. El Antonov 24—pilotado por una tripulación uzbeca—vuela lo suficientemente bajo para que se

puedan distinguir a simple vista los koljoses, los canales de riego, las minas a cielo abierto y los límites del desierto. Primera constatación: la prosperidad, lograda solamente en los últimos años, de esta Asia Central que el mundo sigue ignorando, aunque seguramente ya no por mucho tiempo, tiene como fundamentos la ciencia hidráulica y las riquezas del subsuelo.



Repúblicas Socialistas Soviéticas del Asia Central.



Las regiones musulmanas de la Unión Soviética están más desarrolladas que la mayoría de las otras repúblicas de la URSS, su población aumenta a un ritmo cuatro veces mayor que en la Rusia europea y la identidad nacional está en ellas fuertemente afirmada. En la foto, la antigua ciudad de Samarkanda.

La línea del desierto retrocede un mes tras otro. Cada hectárea ganada a la sequía da origen a un nuevo campo de algodón. La arena comienza al borde mismo de la última parcela del último koljós creado por los pioneros. Una tupida red de canales de riego cuadrícula la antigua "estepa del hambre". En los koljoses más viejos, las viviendas están ya anegadas por la verdura, rodeadas de vergeles donde florecen los manzanos, los cerezos, los albaricoques. En algunas regiones más difíciles de conquistar, la batalla, en el "frente de la arena", exige la intervención de la aviación. Se lanzan desde el aire las semillas del único arbusto capaz de echar raíces en la nada arenosa.

"Tenemos agua suficiente, basta saber utilizarla", me explica, en Tashkent, un representante del Ministerio de Industria. Los planificadores han previsto la formación de decenas de millares de especialistas en hidráulica. Algunos enseñan ya en las Universidades o trabajan como consejeros en el Tercer Mundo. Pero la mayoría se dedica teazamente a la consolidación del milagro uzbeko: "Hemos domesticado el Syr-Daria y el Amu-Daria, los dos ríos que vienen desde el Pamir, atraviesan nuestra Asia Central para desembocar en el mar de Aral", precisa el ingeniero Hodja Alimdhan.

Gracias a esa agua, Tashkent se ha convertido en una inmensa ciudad-jardín de aspecto californiano. Incluso la parte más moderna de la ciudad se parece a veces a un vasto parque sembrado de refrescantes surtidores. Las umbrías ave-

nidas están bordeadas, como en las grandes ciudades iraníes, de aryks, pequeños canales a cielo abierto alimentados de agua corriente a intervalos regulares. Estos canales innumerables constituyen para el peatón distraído o el automovilista no avisado un peligro cierto. A la muchedumbre que transita a cualquier hora del día por las grandes anchas calles de la ciudad no parecen preocuparle obstáculos.

Pero, ¿cómo pasearse en las noches cálidas sin romperse una pierna? Tampoco es ningún problema. El paseante nocturno no necesita esperar el claro de luna. Todas las avenidas están iluminadas por innumerables faroles ocultos en los árboles o en los arriates plantados de rosales. Las centrales hidroeléctricas que utilizan las aguas llegadas del Pamir proporcionan suficiente corriente, y en Tashkent, cuando llega la noche, no hace falta iluminarse con cabos de vela. Esta ávida simbiosis de los uzbekos con las aguas de sus ríos ha tenido como consecuencia inesperada el descenso, en cinco metros, del mar, abundante en peces, de Aral. Los ingenieros de Tashkent no creen que se trate de un problema insoluble: "Vamos a desviar parte de las aguas de algunos ríos siberianos, entre ellos el Irtych, para incrementar el del Aral. Bastará distraer un 5 por 100 de su caudal. Esta operación no tendrá ningún efecto negativo sobre el equilibrio ecológico de las zonas que riegan esos ríos". ¿Habrá que construir gigantescos sistemas de canalización a través de centenares de kilómetros de estepa y de desierto? Sí, pero los her-

manos vecinos, los musulmanes de la Turkmenia soviética, están construyendo, a través del desierto de Karakum, un canal que recoge las aguas del Amu-Daria, en lugar próximo a la frontera del Afghanistan, para verterla a más de un millar de kilómetros hacia el Oeste, en el mar Caspio.

Energía y agua en abundancia

El agua siberiana llegará del Norte a través del Kazajstán, cuyo subsuelo contiene miles de millones de toneladas de hulla, hierro y petróleo. Riquezas que los uzbekos no envidian. Bajo sus campos de algodón y las arenas de sus desiertos duermen reservas de todos los metales de la creación: preciosos, ferrosos o no ferrosos. El uranio y el carbón se explotan ya en minas a cielo abierto mediante el empleo de excavadoras gigantes fabricadas in situ: se ha encontrado petróleo y gas natural en las proximidades de Bukjara, en Gazli.

Gracias a esta abundancia de energía y de agua, las fábricas uzbekas funcionan a buen ritmo. Uno de los mayores complejos químicos de la URSS fabrica allí los abonos indispensables para la agricultura local; la mayor fábrica de cemento abastece de material a los constructores de presas.

Para cosechar sus 5,6 millones de toneladas de algodón, que hacen de la URSS el segundo productor mundial después de los Estados Unidos, los uzbekos fabrican sus propias máquinas. Y construyen tractores para sus mil quinientos

koljoses y sovjozes. En la pequeña ciudad universitaria de Nukus funciona el mayor centro de producción de ordenadores de la Unión Soviética.

A pesar de esta actividad desbordante, los uzbekos no han sacrificado su arte de vivir tradicional. En las calles de Samarkanda se palpa una alegría de vivir que uno buscaría en vano en Moscú o Leningrado. Aquí, las chaikarna —casas de té— florecen bajo las acacias. Se saborea el té verde al aire libre, en inmensos lechos de madera tapizados.

La circulación es intensa y ruidosa: trolebuses, tranvías, autobuses y camiones de todos los modelos y tamaños suben y bajan continuamente por calles y avenidas. Hay en Samarkanda proporcionalmente más automóviles particulares que en las ciudades de la Rusia europea, y el Metro, de construcción reciente, si bien es más corto que el de Moscú, no le cede en suntuosidad. Ni siquiera nuestras acompañantes de Moscú pudieron ocultar su asombro a la vista del espléndido colorido de los mercados donde los koljozianos venden sus productos: montones de frutos, legumbres y especias como es imposible encontrar en la capital, mucho más baratos. Abundancia de pan, tortas redondas, doradas, apetitosas, hechas en pequeños hornos individuales por afanosas amas de casa que acuden todas las mañanas a venderlos al mercado. Una profusión de huevos, de leche, de quesos.

Poca carne, por el contrario, en los mostradores. En los quioscos que hay en las inmediaciones de los mercados sirven tazones de arroz con pasas y coles rellenas: las raciones son generosas, pero los trozos de pollo o de cordero son minúsculos. Uno puede rociarlo todo con un gran vaso de cerveza con débil contenido de alcohol, otro producto local. Ni que decir tiene que los uzbekos no son gente triste, y la disciplina socialista, en estas benditas latitudes, no tiene más remedio que llevarse bien con el desparpajo y el amable y perfumado desorden del Oriente.

Otro signo que no engaña: antes que los inmuebles colectivos, los uzbekos prefieren su hábitat tradicional: la casa individual con la estructura de madera y las paredes de ladrillo de arcilla seca recubiertas de tierra y cal. Aunque todos los tejados, planos, aparecen coronados por la inevitable antena de TV (Tashkent emite en tres cadenas en color, de las que dos son en lengua uzbeka), la disposición de las viviendas se moderniza muy lentamente. El muro que bordea la calle apenas tiene ventanas. El patio interior, cuidado con primor, regado,

sirve de lugar de reunión para las noches cálidas, y de patio de recreo, a veces incluso de huerta.

Sólo Tashkent, ciudad que registra un crecimiento vertiginoso, se ha dedicado sin reserva, y en parte por necesidad, al urbanismo industrial. El terrible terremoto que destruyó, en 1966, una tercera parte de la ciudad fue la señal de partida de un desenfreno arquitectónico ininterrumpido desde hace doce años. La solidaridad de Moscú y Leningrado no tardó en llegar. Ambas ciudades, que no han conseguido resolver, sin embargo, todavía su propia crisis de alojamiento, financiaron la construcción de varios centenares de miles de metros cuadrados de vivienda. De en medio de los escombros ha surgido, en el centro, una ciudad administrativa, de arquitectura a un tiempo prestigiosa y ligera, aunque sin empañar, sino todo lo contrario, la reputación de ciudad-jardín de que disfruta Tashkent.

Pero en todas partes, lo mismo en el campo que en la ciudad, los uzbekos siguen fieles a sus modestas viviendas de tierra y cal con las puertas de madera, a veces amorosamente esculpidas.

¿Por qué, aunque sean cuadros del partido o miembros del komsomol, prefieren encerrarse, cuando llega la noche, en su pequeño universo familiar, al resguardo de cualquier mirada indiscreta? Sin duda no tienen nada que ocultar, pero sí mucho que conservar: su identidad nacional y, si no su religión, sí al menos su cultura de musulmanes. Nadie, al parecer, se lo reprocha: Moscú, oficialmente, sólo trata de "sovietizar", que no es lo mismo que rusificar. Además, aunque lo intentase, sería en vano.

Tantas civilizaciones como riquezas minerales

Nada más elocuente, en este sentido, que visitar, en compañía de un uzbeko, uno de los grandes museos de Historia de su país. Uno no sabe qué admirar más: si la prodigiosa riqueza del pasado nacional o los esfuerzos obstinados por resucitarlo. No es fortuito el que, en la escala del prestigio social, el artesano ceramista, restaurador de antiguas mezquitas, y el arqueólogo figuran inmediatamente detrás del especialista en informática y el profesor de Universidad. Porque en torno a Khinva, Bujara y Samarkanda, durante treinta o cuarenta siglos, los imperios han combatido entre sí, y bajo las arenas duermen tantas civilizaciones desaparecidas como riquezas minerales.

El persa Ciro murió cerca de

Tashkent. Alejandro Magno, en su marcha hacia la India, sembró el desierto de ciudadelas fortificadas. Durante doce siglos, sucesivas dinastías musulmanas construyeron a lo largo y ancho del país mezquitas flanqueadas de audaces minaretes y mausoleos con cúpulas de esmeralda. En el siglo XIII, Gengis Khan lo destruyó todo, y volvió a levantarlo Tamerlán. Durante otros dos siglos, la irradiación cultural, científica y religiosa de Asia Central se extenderá por todo el Islam y penetrará profundamente en la India y China.

Nuestra Medicina medieval se nutrió de las obras de Avicena, que vivió en Samarkanda; en la época de Juana de Arcó, un Rey de Francia, Carlos VI, mantenía correspondencia con Ulug Beg, nieto de Tamerlán, sabio astrónomo y mecenas.

En 1917, Lenin, que había comprendido la magnitud del desafío que la civilización musulmana del Asia Central representaba para el nuevo orden bolchevique, crea un Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades, que confía a Stalin. En enero de 1918, el III Congreso de los soviets decide que la República soviética se funda "en la libre unión de las naciones libres, configurándose como federación de repúblicas nacionales soviéticas". Naturalmente que el "contenido socialista" de esta federación tendrá la primacía sobre la "forma nacional". Será Stalin quien formule, en términos prácticos, la doctrina de las nacionalidades, cuyos resultados concretos se aprecian hoy en las calles de Tashkent: a fin de evitar una reacción islámica masiva, fomentará el renacimiento de todas las lenguas, todas las culturas, todas las identidades nacionales capaces de competir entre sí. Lo que no le impedirá reprimir con extrema violencia las "desviaciones nacionalistas", consideradas burguesas y contrarrevolucionarias. La educación generalizada en todas las disciplinas científicas modernas y un desarrollo económico generalizado deberían sustraer a las poblaciones musulmanas de la influencia de su clero y fomentar a cambio un "patriotismo soviético" que, sin llegar a ahogar las tradiciones nacionales de los pueblos, eliminaría progresivamente los "prejuicios nacionalistas", locales y regionales.

Tal apuesta se ha traducido, en el Asia Central, en la creación de cinco repúblicas, dotada cada una de ellas de una administración nacional, estrechamente controlada por el Partido Comunista. En 1924 se proclama la República federada del Uzbekistán. Trece mil mujeres quemaron sus velos en Samarkanda,

en la histórica plaza Reguistán. La misma en la que esta pasada primavera se organizaron vistosos espectáculos de "luz y sonido" por los que desfilan los grandes nombres de la historia nacional. Y en el que el nombre de Lenin no se pronuncia hasta el minuto cincuenta de un espectáculo que dura cincuenta y cinco, y será con todo el único dirigente ruso citado.

Mimados por el régimen desde hace cincuenta años, los uzbekos, al igual que sus vecinos tadjik, kirguizes y turkmenos, se han aprovechado de la buena disposición del "hermano mayor" moscovita para enlazar con su propio pasado, restaurar su identidad nacional y desarrollar una economía de la que los

a la cual tiene su sede la dirección espiritual de los musulmanes del Asia Central, una de las cuatro circunscripciones administrativas del culto musulmán, protegidas por el Consejo de los Cultos, radicado en Moscú. El gran muftí de Tashkent, Sheik Baba Khan, lleva una vida semi-oficial, recibe a numerosos extranjeros y se traslada, siempre que lo desea, a la Meca.

Para cuestión de fianzas tiene que contar con sus propias fuerzas, es decir, con la generosidad de sus fieles. ¿Siguen siendo éstos muchos? Las apariencias tal vez engañen, pero todo parece indicar un retroceso muy importante de las prácticas religiosas.



propios moscovitas comienzan a sentirse celosos.

Lenin y Stalin han ganado su apuesta en este punto. Pero persiste la incógnita esencial: ¿ha muerto el Islam? ¿Se han unido definitivamente los uzbekos a la gran cohorte de las otras nacionalidades en el seno de la gran fraternidad del "homo sovieticus"?

Atravesemos el laberinto de callejas de la ciudad antigua de Tashkent para llegar a la "madrassa" Barak Khana. Junto a la puerta, una placa amarillenta con la siguiente inscripción inglesa en caracteres latinos: "The Moslems High School of Central Asia and Kazajstan". Es el seminario teológico que forma, en lengua árabe, a los pocos clérigos o imanes admitidos oficialmente en las ciento cuarenta o ciento cincuenta mezquitas que siguen abiertas al culto en el Asia Central. Habla más de veinticinco mil millones de la revolución.

A la sombra de la vieja mezquita

Próxima a la madrasa, la mezquita —abierta a la oración—, junto

A la sombra de la vieja mezquita de Kudeldach, situada al extremo mismo de la bulliciosa avenida de Alicher-Navoi, un soviético "europeo" me explica: "Creyentes o no, a los ojos de la Iglesia, los uzbekos son todos ellos musulmanes, aunque éstos sean ateos proclamados. De hecho, la aplastante mayoría es atea. Pero dejemos que la 'Iglesia' explique las cosas a su manera".

Esta "Iglesia" oficial que goza de casi total libertad de acción, no parece preocupar demasiado a Moscú. El muftí de Tashkent participa, junto al metropolitano ortodoxo de Moscú, en todas las grandes manifestaciones internacionales a favor de la paz. Explican también que comunismo e Islam no son incompatibles, que el Corán y Karl Marx coinciden en lo esencial. El director de la "madrassa" Mir-Arab —el otro seminario musulmán del Asia Central que funciona en Bujara, frente al extraordinario conjunto arquitectónico de la mezquita Kallian— nos interpela sobre la libertad religiosa y la democracia en la URSS: "La presencia de setenta estudiantes



Mercados donde los koljozianos de Uzbekistán venden sus productos: la disciplina socialista en estas tierras no tienen más remedio que llevarse bien con el desparpajo y el amable desorden del Oriente.

musulmanes en esta escuela coránica, ¿no es acaso una prueba irrefutable de nuestra libertad?

—Pero, ¿por qué las gentes no acuden a la mezquita?

—En la ciudad o en el campo, en el desierto o en el mar, donde quiera que un musulmán pronuncie sus oraciones, allí está su mezquita”.

Un centenar de uzbekos frecuenta anualmente la escuela coránica, donde sólo se estudia la teología, la historia y la geografía del Islam. Tres millones van, por el contrario, a los establecimientos de enseñanza pública, primaria, secundaria, profesional y superior, donde se enseñan todas las disciplinas científicas, mortales para las creencias “oscurantistas”. La ley soviética ha liberado a la mujer, ha abolido el estatuto familiar coránico y el Derecho canónico musulmán.

Ya no se interrumpe, como ocurría a menudo durante los años treinta, en los primeros koljosos uzbekos, las reuniones del partido para las plegarias. Tampoco quedan ya responsables comunistas capaces de vender secretamente a sus hijas adolescentes. La Iglesia, por su parte, se ha plegado hábilmente ante las exigencias de la civilización industrial: ya no son necesarias cinco plegarias al día, sino que basta con una, y el ayuno sólo es imperativo el primer y el último día del Ramadán.

Pero al fomentar la resurrección de la cultura nacional, las autoridades soviéticas han permitido a los astutos uzbekos realizar la más hermosa “operación supervivencia” de una civilización religiosa: se han recuperado, en forma de “costum-

bres nacionales”, buena parte de las prácticas sociales y religiosas del Islam. La inmensa mayoría de la población masculina es circuncidada al nacer. En cuanto a los matrimonios, en la mayoría de los casos, la fiesta laica se acompaña de una ceremonia religiosa, e incluso los responsables del partido se hacen enterrar, según el rito musulmán, en “tierra islámica”, con la tumba orientada hacia la Meca.

Nada puede contra ello la prensa del partido, que denuncia, por el contrario, con vigor, un fenómeno mucho más inquietante: el crecimiento de un Islam popular, clandestino, al margen de la Iglesia oficial. De hecho, según A. Benningson, especialista francés en temas de Asia Central, han aparecido numerosas cofradías “suffi” en las grandes regiones musulmanas de la URSS, enlazando con la tradición de esos grupos iniciales que surgen en la historia del Islam cada vez que las autoridades religiosas, por una u otra razón, pierden el poder o son eliminadas. Por otro lado, a los ojos del Islam, tales cofradías no son ilegales; es decir, que no son objeto de excomunión por parte de las autoridades religiosas locales. Con lo cual hay en Asia Central mezquitas, escuelas coránicas y mollahs clandestinos, practicantes de un Islam muy conservador y particularmente xenófobo.

Lenin y Stalin no se esperaban tal cosa, como no podían prever tampoco la increíble explosión demográfica que amenaza con destruir desde sus mismos cimientos los equilibrios internos de la Unión Soviética. Al ritmo de la evolución actual, el “homo sovieticus”, ver-

sión final del siglo XX, estará fuertemente impregnado de civilización musulmana, y su tez de ruso blanco habrá virado considerablemente al amarillo.

El Ejército Rojo será amarillo

En las regiones musulmanas de la URSS, la población aumenta a un ritmo cuatro veces mayor que el de la Rusia europea, donde la población eslava se mantiene estacionaria y envejece. Según algunos expertos, los rusos han perdido la mayoría numérica en la Unión. Hacia fin de siglo, formarán con el resto de los pueblos eslavos de Ucrania y Bielorrusia un conjunto compacto de ciento cincuenta millones, frente a un bloque creciente de cien millones de musulmanes. A partir de 1985, más de la mitad de los hombres y mujeres que pasen a integrar en el sector activo de la población serán “no rusos”, cuyo nivel intelectual y formación técnica y científica nada tendrán que envidiar a las de los eslavos europeos.

Teniendo en cuenta la pirámide de edad —los jóvenes vienen mayoritariamente de las regiones no europeas—, el Ejército Rojo será amarillo en el año 2000; perspectiva que hace sudar frío a los viejos mariscales de Moscú y delirar al Pentágono.

No es fortuito el que los estrategas acaben de redescubrir el Asia Central. El Japón, que es ya el primer inversor en Siberia después de la URSS, está formando rápidamente a cuarenta especialistas en la civilización de los pueblos musulmanes del antiguo Turquestán. En Occidente todavía hay muy pocos:

tres o cuatro en Francia, unos pocos en los Estados Unidos.

El desequilibrio demográfico plantea ya a los planificadores soviéticos problemas insolubles: no hay modo de trasladar la mano de obra uzbeka a las regiones industrializadas de Europa, donde faltan brazos, ni siquiera a Siberia. Los musulmanes quieren quedarse en su casa, en tierra musulmana. Incluso la flor y nata de los estudiantes, enviados a los Institutos superiores de Moscú a perfeccionarse, siempre tienden a volver a su país. Sólo queda, pues, una salida: instalar lo esencial de las industrias nuevas de la Unión Soviética en las regiones musulmanas de rica demografía. Pero el Gobierno tiene razones para dudar: estos países están ya más desarrollados que la mayoría de las otras repúblicas de la URSS. Son también los países donde la identidad nacional está más afirmada, política y culturalmente.

A. Benningson resume este dramático dilema del modo siguiente: “Para salir de apuros, Moscú sólo tiene tres soluciones: 1.ª transportar, si no deportar, la mano de obra del Asia Central hacia las industrias de Europa y Siberia. 2.ª Transportar las industrias donde está la mano de obra. 3.ª No hacer nada. En mi opinión, no se hará nada. Nadie se atreverá a tomar ninguna decisión”.

China está próxima. A veces, en las calles de Tashkent, cuando un ruso araña el coche de un uzbeko, se intercambian insultos terribles, cada cual en su lengua materna. No es raro que si el uzbeko se queda sin argumentos, espete al ruso con un: “Espera un poco a que lleguen los chinos”. Claro que no es un deseo. Se sabe perfectamente que los musulmanes del Sinkiang, al otro lado de la frontera, envidian la autonomía nacional, la libertad cultural y el nivel de vida de sus hermanos soviéticos. Cuando el uzbeko amenaza al ruso con la invasión de los chinos, es sólo una manera de hacerle comprender que, llegado el caso, podría pasarse sin él.

Este no es todavía el caso. Todo el mundo es consciente, desde Tashkent hasta Samarkanda, que el extraordinario desarrollo del antiguo Turquestán no ha sido posible más que gracias a la inyección masiva de medios financieros y técnicos por parte de la URSS. Si las barriadas periféricas de Moscú y Leningrado siguen siendo tan pobres, ello se debe en parte a la opulencia de las ciudades del Asia Central. Y esta prosperidad sigue dependiendo enteramente del conjunto de la economía soviética. ■ F. S. “Le Nouvel Observateur”.